

DISCURSOS

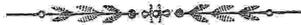
Leídos en sesión pública de la :

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCION DEL

EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS,

el día 24 de abril de 1853.



MADRID.

IMPRESA DE A. ESPINOSA Y COMPAÑIA,
CALLE DEL SOLDADO, NUM. 12.

1853.

DISCURSOS

DE

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

DE

EXCERVO EN DOUOR DE ELVAS

DE

DE

DE

DE

DE

DISCURSO

LEIDO

EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,

POR

EL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS,

AL TOMAR POSESION

DE SU PLAZA DE ACADEMICO DE NUMERO.

Señores:

Es tan grande la emoción que agita mi alma al encontrarme en este lugar, en medio de un auditorio tan respetable, y en el momento de conseguir, sin yo merecerlo, entrada en la ilustre Academia de la Historia; que dudo si mis lábios podrán expresar con la palabra las ideas que se agolpan en mi mente, los afectos que arden en mi corazón. Pues si es alta la honra que me ha dispensado esta Corporación insigne dignándose de abrirme sus puertas, y de concederme asiento entre sus claros varones; ha llevado aun mas allá el exceso de sus bondades, señalando este día solemne en los fastos de la Academia, para recibirme en su seno, y para que mi débil voz resuene por primera vez en el Santuario de la Historia.

Por que hoy es, Señores, el día señalado para coronar el acierto de los escritores, que han sobresalido en el exámen de los dos puntos históricos interesantísimos, que propuso esta Real Academia á las investigaciones de los que cultivan estos estudios con asiduidad y aprovechamiento; y el primero en que, en virtud del ensanche que los nuevos estatutos le conceden, manifiesta pública y solemnemente el estímulo y el empuje que dá á la ciencia, premiando del modo mas lisonjero y mas honroso á los que en su cultivo sobresalen.

¡Digno empleo ciertamente de esta sábia é ilustre Corporacion, de estimular y recompensar el estudio de la Historia! De la Historia, que nos conserva vivas las edades pasadas; que dá lecciones severas y graves á la presente; y que lega avisos importantísimos á las venideras. De la Historia, de esa ciencia sublime en que se sigue paso á paso el progreso de la humanidad y el desarrollo de sus facultades intelectuales. De la Historia, en que se vé y se estudia el curso, lento sí, pero seguro, con que atravesando los obstáculos de sus propias pasiones, y de las vicisitudes de los tiempos, ha llegado el hombre desde el grito inarticulado, desde la rústica cabaña primitiva y desde el rudo ejercicio de la caza, para arrastrar una miserable existencia, hasta crear los idiomas; hasta fijar con sábias leyes sus deberes y sus derechos; hasta dar vida al pensamiento y cuerpo á la palabra; hasta levantar el Coliseo y la Cúpula de San Pedro y el Monasterio del Escorial; hasta medir y pesar los astros y predecir sus movimientos; hasta humillar los borrascosos mares, sin mas impulso que el del vapor; hasta hablar instantáneamente de un extremo al otro del globo por medio de la electricidad; hasta la civilizacion moderna en fin, con la que ha llegado á ser el hombre verdadero dueño y dominador del Universo.

No, no hay estudio mas interesante, mas alto, mas sublime, que el de la Historia; porque el estudio de la Historia es el estudio de la humanidad, y al mismo tiempo el estudio de la Providencia. Si bien se mira y se contempla en las páginas de la Historia, cuanto el hombre puede y alcanza, mas que por su organizacion física, la mas perfecta de todos los seres, por la fuerza oculta del soplo de vida, del alma inmaterial é imperecedera, que le infundió el Omnipotente; y se estudia y se comprende la lucha eterna, en que su frágil barro y su alma inmortal están con sus pasiones brutales y con los extravíos de su inteligencia; tambien en las páginas de la Historia se contempla, se estudia, se comprende, cómo la mano invisible de la Providencia encamina al género humano, en sus distintas razas y en todas las regiones del globo, por la misma senda; y dejándolo caminar por ella

libremente y según los impulsos del libre albedrío, lo empuja benéfica ó lo detiene justiciera, según marcha hácia el fin ó retrocede del fin á que lo tiene destinado, para sus miras santas é inescrutables.

Si del estudio de la Historia general pasamos á la de la particular de cada raza y de cada país, aumenta en interés y en utilidad, y este interés y esta utilidad suben á su mas alto punto cuando se trata de la Historia de la propia nacion. El interés, porque los hechos que se refieren y admiran ó vituperan son los de nuestros mayores; y la utilidad, porque las lecciones del tiempo pasado son mas aplicables al tiempo presente. Pues la vida de los distintos pueblos es como una cadena, cuyos eslabones van enlazados los unos en los otros desde el primero hasta el último: y en la vida de las naciones hay una lógica inflexible, porque todos los sucesos son siempre consecuencia indeclinable de los que les han precedido.

El estudio pues de la Historia patria es el mas útil, el mas interesante, el de mayor importancia: y al estudio, á la rectificación y al engrandecimiento de la Historia patria, dedica especialmente sus trabajos, sus investigaciones y sus afanes la Real Academia á quien tengo la honra de dirigir la palabra. Y me es forzoso decir, aunque ofenda su modestia, que cumpliendo tan honroso empeño ha prestado y está prestando los mas útiles y brillantes servicios á la ciencia y á la nacion.

La Academia ha sacado del obscuro polvo de los archivos á la luz pública los documentos mas preciosos, que refieren y atestiguan hechos gloriosísimos de nuestros mayores y que patentizan los progresos de la civilizacion en nuestro suelo, y los pasos que ha ido dando desde los mas remotos siglos. La Academia ha evocado de la tumba del olvido esclarecidos nombres y notables hechos, sin cuya noticia era imposible dar el verdadero valor á posteriores hazañas, ni comprender y explicar posteriores acontecimientos. Y no solo ha hecho un gran servicio á la ciencia con la publicacion de interesantes documentos casi desconocidos, y que dan gran luz á la historia de nuestro país; sino tambien restableciendo el texto íntegro y correcto de antiguas

erónicas, y aclarando completamente la verdad de hechos, que andaban desfigurados por la tradición ó en las obras de ligeros, apasionados y extraños escritores. Y no es menor servicio el que ha prestado esta ilustre Academia salvando de su total ruina ó desaparición documentos del mayor interés, que estaban diseminados en manos ignorantes que no conocían su valor; ó que en las mismas antiguas Bibliotecas hubieran emigrado ó perecido en los modernos trastornos y en tiempos fatales, en que se miraban estas preciosas joyas, ora con extremada codicia, ora con extremada indiferencia.

Y no solo los documentos escritos han sido objeto de las investigaciones científicas de este ilustre cuerpo y el fundamento de sus trabajos. No, con igual afán y no menor acierto, me complazco en decirlo, se ha desvelado por investigar, por estudiar, por adquirir otros aun mas importantes, aun mas auténticos, aun mas elocuentes que los escritos. Los que lo están con caracteres de piedra y de metal en los antiguos monumentos injuriados por los siglos, en las murallas derruidas y castillos desmantelados, que pregonan una lucha encarnizada de ocho siglos entre dos razas, entre dos religiones distintas: en las Basílicas, testimonio de la piedad de nuestros héroes, en los quebrantados sepulcros, en las rotas lápidas, en las casi borradas inscripciones, y en los incompletos utensilios de hierro y en las armas enmohecidas, y en las medallas y en las corroidas monedas, que se encuentran sepultadas en la tierra y sobre las que en vano se estampó la huella asoladora de los siglos. Documentos todos de altísima importancia, porque son irrefragables y aseguran la existencia y la autenticidad de grandes nombres, de grandes hechos; porque atestiguan de un modo positivo el estado de las creencias, de la civilización, de las artes en el tiempo en que se construyeron; y porque sus fechas y las épocas, que por su forma, por su esencia, por su uso, por su carácter particular designan de una manera positiva é incontestable, dan seguros datos á la cronología, sin la que nada vale, nada dice, nada enseña la historia.

Pero no eran bastantes para satisfacer el celo ardiente de esta

sábía Corporacion los servicios que acabo de recordar á tan respectable auditorio, y que ha prestado sin desmayar ni un punto en sus sábias tareas, desde que debió su fundacion á la munificencia del señor Rey Don Felipe V de feliz memoria. Pues animada hoy con la altísima proteccion que le dispensa bondadosa la augusta descendiente de aquel Monarca, la ínclita Isabel II, que para bien de las Españas ocupa felizmente el Trono de San Fernando, ha querido llevar aun mas allá sus esfuerzos y promover y estimular á los escritores españoles á que trabajen para ilustrar la Historia patria, ofreciéndoles los honrosos premios, que hoy van á adjudicarse, y proponiendo los asuntos que le parecieron mas convenientes para que se ejercitasen los entendimientos y las plumas de los que quisieran disputar la corona en tan honrosa y lucida palestra.

¿Y qué asunto mas grande, mas filosófico, mas trascendental, que el *exámen histórico crítico del influjo que haya tenido en la poblacion, industria y comercio de España, su dominacion en América?* Este fué uno de los asuntos propuestos por la Academia. Y fué el otro la *Historia del combate naval de Lepanto, y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso.* ¿Quién podrá desconocer, Señores, el acierto de la eleccion y el ancho campo que ofrecen tan oportunos argumentos al estudio, á la reflexion y á la crítica.

Cuando España, despues de la reunion de los dos grandes Reinos en que estaba dividida, formó un verdadero cuerpo de Nacion; y cuando acababa de lanzar de su suelo los últimos restos de las razas de Oriente, que por espacio de ocho siglos fueron sus opresoras; y cuando se constituia en una sola y grande Monarquía, cuyo dominio no se encerraba solo en el ámbito de la Península, sino que se extendia por la rica y esclarecida Italia; llamó á sus puertas un hombre obscuro, un soñador extranjero, un pobre piloto Genovés, á quien Dios habia marcado con el sello de su Omnipotencia, dándole una fé ardiente, una perseverancia heroica, y una idea sola y fija, tan nueva como lo desconocido, tan elevada como los astros, tan grande como el Universo. Los Monarcas y los poderosos de la tierra le habian negado su

acceso, como á un absurdo arbitrista; los sábios de la tierra lo habian desdeñado, como á un iluso extravagante; los pueblos de la tierra lo habian escarnecido, como á un desdichado demente. Pero la grande Isabel, gloria de su siglo y predilecta del Señor, vió á aquel hombre y lo oyó, y conoció que era un instrumento de la Providencia, instrumento para llevar á cima un altísimo designio. Y comprendió al ente extraordinario y lo admiró y le ayudó á la obra desconocida con su convencimiento, con sus tesoros, con su firme y soberana voluntad. Y España que ya tenia un Cardenal Mendoza, un Cisneros y un Gran Capitan, tuvo como donativo de su Reina, un Cristobal Colon, y con él un nuevo y desconocido mundo.

Sí, conducido por la mano de Dios aquel instrumento de su Omnipotencia, atravesó en frágiles naves españolas desconocidos mares, siguiendo el curso del Sol, y descubrió las inmensas y ricas regiones de Occidente, que el heroimo y la noble espada de Hernan-Cortés y el arrojo y la dura lanza de Francisco Pizarro añadieron, con eterna gloria del nombre Español y exaltacion de la Religion Cristiana, á la Monarquía Española, haciéndola la mas grande, la mas opulenta, la mas poderosa de la tierra.

Este acontecimiento de tanta influencia en el mundo, ¿cómo no habia de tenerla en la Nacion, que lo habia llevado á cabo? Aquellas regiones inmensas, despobladas, vírgenes, las mas feraces del globo, ¿cómo no habian de llamar á su seno á sus señores de Europa, del país trabajado y empobrecido con tantas y tan pertinaces guerras, y poco despues despedazado con tantas disensiones y ensangrentadas controversias? Aquellas montañas preñadas de preciosos metales, ¿cómo no habian de despertar la codicia de sus nuevos poseedores? Aquellos estensos páramos, y aquellos enmarañados bosques, ¿cómo no habian de necesitar de los esfuerzos de la industria para ser fructíferos y debidamente beneficiados? La necesidad de estar en continuo contacto con aquellas remotas playas, ¿cómo no habian de influir en la navegacion? Y los ricos productos de aquellos climas, y las necesidades de sus nuevos Señores, ¿cómo no habian de dar un

nuevo impulso al cambio, un nuevo ensanche al comercio? ¿Y qué influencia no debieron ejercer en las costumbres y en el carácter de nuestros padres el orgullo de tan prodigiosas conquistas; las inesperadas riquezas que se derramaron por la Península; las nuevas necesidades que el uso de las producciones peculiares de América introdujeron; y por el ancho campo que aquellos vastos y remotos países ofrecían á peregrinas aventuras, al rápido engrandecimiento, al hallazgo de tesoros incalculables, y hasta al refugio é impunidad de los díscolos y malhechores?

Si la influencia de aquel portentoso descubrimiento y de la conquista y posesion de aquellas vastísimas regiones, fué perjudicial ó provechosa para España, es cuestion muy debatida por filósofos y economistas, y en que se han exagerado, como siempre acontece, las razones de unos y otros, ya con graves y fundados argumentos, ya con sutiles y brillantes sofismas. No es de mi propósito entrar en ella, pero diré de paso: que ciertamente el descubrimiento de aquellos vastos países, y las riquezas que ofrecían, ocasionaron una emigracion de que pudo resentirse nuestro suelo: que el raudal de oro y de plata que envió América á nuestros puertos, hizo innecesario el trabajo con perjuicio notable de la industria y de la agricultura: que creció entre nosotros el amor á las aventuras y á buscar fortuna sin mas medios que la osadía. Pero creo firmemente que si nuestros Reyes empeñados, por desgracia nuestra, en las guerras de Flandes, y en contrariar la dominacion francesa en Italia, hubieran conocido la importancia del nuevo Continente; y si se hubieran aplicado principios económicos mas acertados á la administracion de aquellos países; y si la eleccion de los funcionarios públicos enviados á regirlos y administrarlos hubiese sido mas severa y acertada; y si se hubiera en fin dado mejor empleo á los inmensos caudales que de allí venian, acaso aun se llamarán Españolas aquellas extensas regiones y fuera hoy mi adorada Patria la primera Nacion del Mundo.

El combate de Lepanto, si no es asunto de tanta magnitud como el que acabo de mencionar, fué suceso de tal importancia para la Cris-

tiandad y para Europa, y tuvieron en él tan señalada participacion las fuerzas navales españolas, que su recuerdo, su descripcion, y el exámen de sus consecuencias, son empleo digno del ingenio descriptivo, del estudio observador y del vuelo de una elegante pluma. En Lepanto se hundió para siempre el formidable poder Otomano, azote de la Cristiandad y de la civilizacion, propagador de la esclavitud y del despotismo, y último representante de las irrupciones de bárbaros que tantas veces trastornaron el Mediodía y el Occidente de Europa. En Lepanto las naves españolas figuraron en primer término; un excelso Príncipe Español mandó en jefe la escuadra Católica; allí se distinguió como siempre, acrecentando su gloria, el famoso D. Alvaro de Bazan, primer Marqués de Santa Cruz; y allí en una de las galeras vencedoras, y de las que mas levantaron el nombre Español, perdió la mano izquierda un obscuro soldado de ninguna importancia; pero este obscuro soldado de ninguna importancia era Miguel de Cervantes, á quien el cielo conservó la mano derecha, para que manejando con ella, en vez de la espada la pluma, eternizara la lengua española, escribiendo un libro gigante, que es nuestra primera gloria literaria, y que vivirá cuanto viva el mundo.

¿Pero cómo los trabajos de la Real Academia de la Historia no habian de ser de tanta utilidad para la ciencia, de tanto alcance para la instruccion pública, de tanto lustre para la Nacion, y no habia de merecer el mayor aprecio de otras sábias corporaciones extranjeras, si han cooperado siempre á ello los mas claros y estudiosos varones, y los primeros sábios de nuestro pais, que han dejado al público, al archivo de esta Corporacion y á la memoria de sus discípulos é imitadores, luminosos rastros de su saber y de sus fructíferas tareas?

Prolijo seria hacer un catálogo de los hombres eminentes que han pertenecido á esta Real Academia desde su fundacion. Pero me es imposible no hacer mención en este dia solemne de esclarecidos Académicos, cuya reciente pérdida lamentamos, y que han dejado al bajar al descanso del sepulcro un nombre eterno coronado con la gratitud,

que siempre tributan las Naciones á los que han contribuido eficazmente á su ilustracion.

¿Quién no pronuncia con profundo respeto el esclarecido nombre de D. Martín Fernandez Navarrete, que trabajó por espacio de sesenta años en averiguar, referir é ilustrar las hazañas de nuestros célebres marinos desde los mas remotos tiempos? ¿Quién olvidará al modesto D. Diego Clemencin, cuyos trabajos históricos son de los que mas lustre han dado á esta Academia? ¿Quién no admira la alta capacidad del noble Conde de Toreno, que en una obra monumental ha eternizado el período mas glorioso de nuestra Historia? ¿Quién, en fin, no elogia al egregio Duque de Frias, que tan profundos conocimientos poseia en historia patria, que tan importantes servicios hizo militares y diplomáticos, y á quien los inspirados acentos de su lira, siempre grande, siempre aristocrática, siempre española, aseguran un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad?

No porque recuerde solo estos personajes, se crea que desestimo y dejo en olvido otros no menos célebres de beneméritos Académicos, cuyos nombres y cuyos trabajos merecen eterna gloria y gratitud imperecedera. Pero siéndome imposible recordarlos á todos en este discurso, aunque á todos admire y aprecie; la amistad con que me honraron y favorecieron estos de que he hecho mencion; las lecciones sábias que me dieron en su trato familiar, íntimo y frecuente; el haber corrido con ellos casi las mismas vicisitudes en estos azarosos tiempos; y el estar aun calientes sus cenizas, me han arrancado esta demostracion sentida de una verdadera amistad. Sean, pues, mis palabras como las flores que se esparcen sobre las tumbas, que encierran restos queridos y venerados.

Si tan altas, tan importantes, tan fructíferas han sido siempre las tareas de esta Real Academia de la Historia; si tan sábios y esclarecidos varones se han honrado llamándose sus individuos; ¿cuál será mi confusion y mi gratitud al verme, tan sin merecerlo, llamado á formar parte de esta sabia Corporacion? ¡Ojalá me hubiese dotado el Cielo con la mas alta inteligencia, y concedido una vida mas sosegada

y menos angustiosa, para haber podido dedicarme con mas aprovechamiento á los elevados estudios de la ciencia de la Historia, por la que siempre he tenido particular predileccion! Tal vez me seria ahora posible traer el tributo de mis vigalias y desvelos á este ilustre Cuerpo. Mas ya que no me sea concedido tanto, le ruego humildemente que se digne de recibir benévolo el pobre homenaje de mi profundo reconocimiento.

DISCURSO

EN CONTESTACION AL ANTERIOR

POR

EL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

ACADEMICO DE NUMERO.

Señores:

EL encargo que me ha confiado este ilustre Cuerpo, de contestar al discurso del nuevo Académico (encargo tan honroso y grato para mí bajo todos conceptos), me pareció al pronto que me colocaba en una situación embarazosa; temiendo que apareciesen mis elogios dictados por la amistad, mas bien que como tributo de justicia. Mas en breve se desvaneció aquel infundado recelo; porque ¿quién habrá tan ignorante de la historia literaria de España en nuestros tiempos, que pueda mostrar extrañeza, al saber que se han abierto las puertas de este recinto al Duque de Rivas?... El que en medio del rumor de las armas y del estruendo, aun mas terrible, de nuestras discordias civiles, ha consagrado su vida al cultivo de las letras, así en la cumbre del poder como en las largas horas de la expatriacion y del infortunio; el que en todas sus obras se ha propuesto como principal objeto ensalzar la independendencia, la libertad, la gloria de su patria, digno es de recibir el debido galardón y recompensa, tanto mas apreciable cuanto que lo dispensa una Corporacion, apartada por su instituto de las contiendas políticas, y dedicada á fomentar uno de los ramos mas importantes del humano saber.

Hasta media la circunstancia de que nuestro nuevo sócio, no solo ha demostrado la fecundidad de su flexible talento en varios géneros de composicion (y algunos de ellos tan difíciles como los que se someten en la escena al severo fallo del público), sino que ha manifestado cierta predilección por las composiciones históricas; procurando abrir una nueva senda, ó por lo menos llamar la atención de la juventud estudiosa hácia el ameno campo que nuestros claros ingenios habian cultivado en otros siglos.

Sabido es que los *romances históricos* son quizá el mas rico tesoro de la antigua poesía castellana: su mismo candor y sencillez, no exenta á veces de rudeza, les dá una fisonomía peculiar, propia de la tierra; la facilidad de su metro, flexible y grato al oido, los recomienda á la memoria; y así es que, transmitiendo de una en otra generacion la fama de antiguos hechos, constituyen, por decirlo así, la *epopeya popular* de España. Han servido mas de una vez para corregir errores, aclarar sucesos oscuros, confirmar los dudosos; han sido como un apéndice de nuestras crónicas; han dado realce, animacion, vida á nuestra historia.

Suprimid los romances: y los héroes mas famosos, en que están como vinculadas las antiguas glorias de nuestra nacion, no aparecerán con su propio rostro, con sus armaduras y arréos, como al cabo de tantos siglos los vemos, los tocamos; sino á manera de vanas sombras, próximas á volver al sepulcro, si es que hasta allí no temen que se profane su reposo, só pretexto de penetrar con la antorcha de una crítica suspicaz y descontentadiza.

Fué por lo tanto un pensamiento, no menos patriótico que propicio á las letras, el que animó al Duque de Rivas á volver por la honra de los antiguos romances históricos, algun tanto amenazada; mostrando su importancia, su indisputable mérito, las peregrinas dotes que los esmaltan; pues no es de hijos agradecidos desdeñar los bienes heredados de los mayores, tanto mas preciosos cuanto proceden de origen mas lejano, y contribuyen á perpetuar los timbres y preclaros hechos que son, respecto de una nacion, como el patrimonio de una familia.

Ni se contentó nuestro nuevo sócio con recomendar tan rico tesoro, sino que, deseando acrecentarlo y servir de estímulo con su propio ejemplo, se dedicó á un linaje de composicion á que le inclinaba su natural instinto, y en que podian ostentarse las dotes peculiares que le distinguen: facilidad suma, riqueza, lozanía, talento descriptivo, llevado á tal punto que, aun cuando no se supiese la aficion y aprovechamiento con que ha cultivado las Nobles Artes, se adivinaria fácilmente, al columbrar en sus retratos y descripciones el pincel del pintor en vez de la pluma del poeta.

No debe por lo tanto causar maravilla que hayan logrado tanta aceptacion los *romances históricos* de nuestro autor, así por el acierto en la eleccion de asuntos, tomados de nuestra historia (que es el medio mas á propósito para hacerlos populares), como por haber desempeñado su difícil tarea con no comun acierto.

Allí vemos la adusta figura de D. Pedro de Castilla, siempre grande, á la par que terrible; dejándose llevar del impulso de la ira, y manchando sus manos con la sangre de un hombre; mas él mismo se castiga en su propia efigie, y la condena perpétuamente á la vergüenza, como en expiacion del delito; cual si quisiese dejar á la posteridad el difícil problema de resolver si mereció el dictado de *cruel* ó mas bien el de *justiciero*.

Allí vemos personificada la altivez castellana en aquel famoso Embajador, que al ver cuán poca estima hacia de los pactos mas solemnes un Monarca extranjero, le arrojó á las plantas el tratado de paz, hecho mil pedazos.

Allí aparece no menos grande la lealtad acrisolada del Conde de Benavente, que prende fuego á su propio palacio, como para purificarle por haberse hospedado en él un ilustre proscrito, que habia tenido la desgracia (que ni los triunfos ni la gloria compensan) de esgrimir su espada victoriosa contra su misma patria.

¿Y qué diremos de la especie de *Odisea* (si es lícito darle este nombre) en que nos presenta al insigne Colon, desde que llamaba á la puerta de un humilde convento, demandando sustento y asilo, hasta

que el Orbe entero le proclamó alborozado descubridor de un Nuevo Mundo? Vemos al héroe modesto cruzar pensativo por las calles de Córdoba; seguimos con interés sus castos amores; le acompañamos en la Vega de Granada; entramos con él en el palacio, temiendo se malogre tan soberana empresa; y únicamente empezamos á respirar, como si se nos quitase una losa del corazón, al dejarle en presencia de la Reina Doña Isabel..... Solo aquella gran Reina era capaz de comprender á un hombre tan grande!

Entre los hechos mas famosos de nuestra historia no podía el autor olvidar la célebre batalla de Pavía, en que no menos que un Rey de Francia quedó como trofeo de tan insigne triunfo; y su grato recuerdo naturalmente debia despertar el de otro hecho mucho mas reciente y no menos glorioso para las armas españolas: la batalla de Bailen; primera escena del terrible drama, que principiando á las márgenes del Guadalquivir, vino á ofrecer su catástrofe en las rocas de Santa Elena!

Con no menor aliento, y con igual fortuna, emprendió nuestro nuevo sócio una senda mucho menos trillada que la que antes habia recorrido. Hallándose lejos de su patria, vió con cierta emulacion el éxito que alcanzaban en aquella época las *novelas históricas*; género de composicion que, ya que no pueda llamarse del todo nuevo, lo era á lo menos por la forma que recientemente le habian dado algunos autores de nombradía. Concibió por lo tanto el designio de escribir una novela de esta clase; añadiendo al interés de la narracion, á la variedad de incidentes, á la verdad de las descripciones, el ornato del metro, que lejos de servir de rémora ó de traba, ofreciese nuevo incentivo á la curiosidad, nuevo pasto al deleite.

Resuelto, como de costumbre, á buscar los asuntos de sus composiciones en el rico arsenal de nuestra patria, escogió uno que se brindaba á las mil maravillas para lucir en él todas las galas del ingenio. Pocos argumentos presentan nuestras crónicas tan populares y que ofrezcan tanto interés como el de los Siete Infantes de Lara, sacrificados á una traicion villana y vengados despues por un héroe

de la misma estirpe, que pareció destinado por la Providencia como instrumento de su tremendo fallo. En este argumento cabia desplegar el cuadro singular, extraordinario, que por el transcurso de ocho siglos ofreció nuestra España; teatro de una lucha incesante entre dos razas enemigas, distintas en origen, en religion, en habla, que no cabian en el mismo espacio, y tenian que combatir sin tregua, como dos gladiadores encerrados en un estrecho circo.

La España cristiana y la España musulmica, mezcladas al mismo tiempo y opuestas, ofrecian el mas vivo contraste; y al pintar sus diversos usos y costumbres, al describir la córte de uno y de otro Reino, sus famosas ciudades, los continuos reencuentros y batallas, se presentaba una mina riquísima que un ingenio como el de nuestro nuevo sócio no podia menos de beneficiar. El *Moro Espósito* ha obtenido el éxito mas cumplido; ofreciendo un nuevo testimonio de que el romance castellano, tan flexible, tan dócil, cuando lo maneja una mano hábil, se presta á seguir en su curso á la narracion mas variada, se acomoda á los diversos tonos; ayuda, no embaraza; y á la par que halaga el oido, aviva la atencion y presta nuevo encanto.

Mas no solo en composiciones poéticas ha demostrado el nuevo sócio su aficion á los estudios históricos, sino que ha dado á luz una obra en prosa, que aunque encerrada en estrechos límites, es como esos cuadros de cortas dimensiones que se colocan con preferencia en un gabinete, para que puedan admirarse mas de cerca sus primores; pero que denotan una mano maestra, y no desdecirian colocados en la galería mas selecta.

Tal vez á la circunstancia de haber estado el Duque de Rivas representando dignamente á nuestra Soberana en la córte de Nápoles, se debe que le ocurriera la idea de trazar el bosquejo histórico de la rebelion de aquel Reino, en el aciago reinado de Felipe IV; pero de cierto se le debe que, habiendo permanecido algunos años en aquel pais, recorriendo los sitios donde se verificaron los sucesos, respirando, por decirlo asi, aquel ambiente, haya podido describir tan al vivo los lugares, retratar fielmente los objetos, dar en suma á su

cuadro el colorido propio, ardiente; que tan peculiar es de aquel privilegiado suelo.

Aunque de breve duracion y de origen humilde, aquella rebelion tuvo mas importancia y trascendencia de lo que á primera vista pudiera imaginarse; y ofrece vasto campo á la meditacion. Asi no es maravilla que la tomase nuestro nuevo sócio por argumento de su *estudio histórico*; que tal es el modesto título que dió á su libro, procurando ante todas cosas averiguar la verdad de los hechos en cuantos documentos pudo encontrar su diligencia, y distinguiéndose su obra por la dote primera de un historiador: que es la imparcialidad. Allí se ven los lamentables efectos del abandono y desgobierno, dando márgen á sublevaciones y desmanes; allí aparece el pueblo cual es en sí, y mas en aquel clima, veleidoso, fácil de inflamar, pronto á la acometida, menos apto para la resistencia, suspicaz, receloso, desconfiado de los que se sacrifican por su causa; ya levantándolos en triunfo, ya arrastrando por el fango á los mismos ídolos que poco antes ensalzara. Como formando contraste con el pueblo napolitano, aparecen en el cuadro los soldados españoles, sufridos, valientes; manteniendo fuera de su patria el honor de nuestras armas, en aquella aciaga época en que se iba desmoronando poco á poco el magnífico edificio de nuestro poder y grandeza.

Mas en aquella sublevacion, que á veces presenta el aspecto de una farsa, y á veces el de una terrible tragedia, aun cuando á primera vista no aparezcan sino los efectos del ímpetu de la plebe, descontenta y ansiosa de venganza, si se profundizan mas los hechos, se descubre como uno de los móviles principales la mano de una potencia rival, envidiosa de las glorias de España; la misma mano que peleaba á descubierto en los campos de Flandes, que atizaba la discordia en Cataluña, que favorecia la separacion del Reino de Portugal (en mal hora perdido para España), y que acudia con igual propósito al Reino de Nápoles, en cuanto vió aparecer de improviso, como una erupcion del Vesubio, el oculto fuego de la rebelion. El autor ha tratado con sumo acierto esta parte de su obra, que le da aun mas interés é importancia.

Un bosquejo histórico de esta clase basta para dar crédito á un autor, aun quando no tuviese otros títulos de merecimiento. La *Historia de la Conspiracion de Venecia* dió gran celebridad en su tiempo al Abate de Saint Real: la *Historia de la Guerra de Granada, hecha por el Rey D. Felipe II contra los Moricos de aquel Reino*, granjeó al célebre Hurtado de Mendoza el dictado de Salustio español; y la *Historia de los movimientos, separacion y guerra de Calaluña, en tiempo de Felipe IV*, escrita por el portugués Melo, contemporáneo de aquellos sucesos, pasa con razon por un modelo acabado en su clase.

Sin entrar á calificar el mérito relativo de unas y de otras, puede sin temor afirmarse que la obra del nuevo sócio no desdeciría colocada al lado de aquellas: traducida á varios idiomas extranjeros le ha dado fuera de España merecida celebridad; y aun quando no se la considere sino como un bosquejo, basta para probar lo que es capaz de hacer su autor, dedicándose, como seria de desear, á seguir cultivando el vasto campo de la historia.

Razon tenia yo, al principiarse este breve discurso, quando decia que á nadie podia ocurrir duda acerca de los títulos con que se presentaba en este sitio el Duque de Rivas; pero ya que él ha hecho mencion de cuatro ilustres Académicos, tan merecedores de perpétua memoria, séame lícito tambien colocar una flor en su tumba, ya que con todos me ligaron los vínculos de la amistad y me ví unido con algunos de ellos en épocas azarasas de mi vida.

D. Martin Fernandez de Navarrete, pozo de erudicion, que tal nombre merece; tan solícito en adquirir datos y noticias; como generoso y liberal en franquearlos, no solo á los escritores nacionales sino á los extranjeros, tanto de Europa como del Nuevo Continente; contribuyendo por todos medios á que no se obscureciesen las antiguas glorias de España, á la par que él las eternizaba en sus varias y selectas obras.

D. Diego Clemencin, tan sábio, tan modesto, dedicado toda su vida al cultivo de las letras humanas, y sin que perdiese, en medio de las tormentas políticas, la apacible serenidad de su ánimo: el autor del *Elogio de la Reina Católica*, dechado en su género, y

una de las joyas mas preciosas entre tantas como posee esta ilustre Academia.

El malogrado Conde de Toreno, que proscrito de su patria, y fijo el pensamiento en perpetuar sus hazañas, dedicó un año y otro á escribir con solícito anhelo la *Historia de la guerra de la Independencia*; reuniendo preciosos datos, que sin él hubieran perecido; recogiendo el testimonio de muchos testigos y actores de los hechos que refiere; coordinándolos con arte, juzgándolos con severa imparcialidad, acompañándolos con profundas reflexiones; en suma, mostrando el talento de un verdadero historiador, imitador de los clásicos de la antigüedad, y vindicador de las recientes glorias de nuestra patria, mal apreciadas por la ingrata Europa, y que habian tratado de mancillar algunos escritores extranjeros.

Por último, debo pagar un tributo de alabanza al Duque de Frias, versado como pocos en la historia, de memoria portentosa, á la par que de clarísimo talento, que reunia á la profundidad en las ciencias políticas, una selecta erudicion, un gusto exquisito y el génio creador del poeta.

Tal vez la amistad que me ha unido con entrambos sea causa de que halle no pocos rasgos de semejanza entre aquel ilustre Académico y el que vá á tomar hoy asiento entre nosotros. Uno y otro supieron llevar, sin que les agoviase, el peso de un ilustre nombre; uno y otro pelearon y arriesgaron su vida en los campos de batalla, por libertar á su Rey cautivo y vengar el ultraje de su patria; entrambos se mostraron afectos á las instituciones políticas, que habian de dar realce al trono, valer á la nobleza, libertad á los pueblos; exponiéndose por tan hidalga causa á sinsabores y persecuciones; y así en aquellas épocas de infortunio, como en los encumbrados puestos que ocuparon dentro y fuera del Reino, conservaron siempre la misma aficion á las letras, que con tanto provecho cultivaron.

Justo es, pues, que venga á ocupar el Duque de Rivas el puesto que dejó vacío en estos escaños su antiguo amigo: esta Real Academia le acoje en su seno con satisfaccion, como acogió al primero; porque

la República de las letras no es ingrata como la de Atenas, que condenaba al *ostracismo* á los ciudadanos mas ilustres, ni afecta la rudeza de Esparta; no exige, como la antigua Venecia, ver inscriptos á sus hijos predilectos en el *libro de oro*, ni menos cae en el extremo opuesto, como se vió, á principios de este siglo, en una república vecina, proscriptas todas las *aristocracias*; principiando por la de estirpe y acabando por las de la virtud y del talento.